

ESPECULACIONES SOBRE EL ESTADO ESTACIONARIO

En ocasiones una crisis se prolonga durante décadas. Esta duración excepcional significa que se han revelado contradicciones estructurales incurables y que, a pesar de ello, las fuerzas políticas que están luchando por conservar y defender la estructura existente están haciendo todos los esfuerzos posibles por resolverlas dentro de ciertos límites con el fin de superarlas. Estos incesantes y persistentes esfuerzos (dado que ninguna formación social admitirá que ha llegado su hora) constituyen el terreno de lo coyuntural, y es en este terreno en el que se organiza la oposición.

Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*

¿Cuál es el significado histórico de la implosión del neoliberalismo acontecida menos de veinte años después del colapso de la Unión Soviética? Un desconcertante experimento mental se propone de manera espontánea. La URSS, conviene recordar, alcanzó el cénit de su poder durante la década de los setenta, poco antes de precipitarse en una espiral de contracción, deriva y colapso. ¿Podría aguardar a la superpotencia de Occidente una reversión comparable de su suerte en una de esas «ironías de la historia» pasadas de moda? Después de todo, puede trazarse una cierta unidad de los opuestos entre un capitalismo tardío desenfrenado y los archipiélagos industriales de planificación central del antiguo COMECON, y efectuarse ésta precisamente en la esfera económica en la que ambos se contraponían diametralmente. Durante los días álgidos del reaganismo, la opinión oficial occidental sostenía que la administración burocrática de las cosas estaba condenada al estancamiento y al declive porque carecía de la *ratio* de las fuerzas de mercado, que coordinan las transacciones mediante la disciplina de la competencia. Sin embargo, no pasó demasiado tiempo desde los años postreros de lo que una vez se denominó socialismo, antes de que un capitalismo impulsado por el endeudamiento y la especulación comenzara a precipitarse por la senda de una contabilidad y una asignación de recursos absolutamente indiferente a cualquier medida sustantivamente objetiva del valor. Los balances de situación de los mayores bancos del mundo constituyen un impresionante testimonio del resquebrajamiento de las normas con las que se juzgó en otro tiempo la riqueza de las naciones.

En sus propios términos, tanto el socialismo burocrático como su mucho más acaudalado conquistador neoliberal ocultaron sus fracasos con *tableaux économiques* cada vez más arbitrarios. Durante la década de los ochenta la renta nacional registrada por la RDA resultó ser un artefacto estadístico que inflaba desafortunadamente sus contraídos niveles de vida. Pero, en la misma década, un emergente circuito de desequilibrios globales comenzó a plantear problemas considerables para la medición de la riqueza capitalista. La inminente depresión puede revelar que las estadísticas económicas nacionales del periodo de la economía de las burbujas fueron ficciones no absolutamente disímiles de las que operaban en el viejo sistema soviético.

Por supuesto, las crisis recurrentes del capitalismo se supone que son diferentes de los estadios terminales de las civilizaciones y los modos de producción no capitalistas. Estos órdenes sociales parecen haber carecido de la capacidad específica del capitalismo de lanzar ondas de destrucción creativa susceptibles de desencadenar procesos de renovación periódica mediante periodos de contracción económica que liquidan las condiciones ineficientes de producción y las correspondientes formas de vida, al tiempo que abren las fronteras a la próxima ronda de expansión. De acuerdo con esta pauta de comportamiento, casi todos los comentaristas del colapso económico actual han asumido que el relato schumpeteriano de la crisis y la renovación se repetirá de una u otra forma. Pero cabe preguntarse si es realmente inevitable que emerjan nuevas fases de acumulación como consecuencia de lo que por el momento parece ser una enorme y prolongada purga de los elementos menos dinámicos económicamente. Me gustaría proponer que este escenario de renovación capitalista es específicamente menos probable que una deriva a largo plazo hacia lo que los economistas clásicos denominaban «el estado estacionario» de la civilización.

Ausencia de crecimiento

De Adam Smith a John Stuart Mill, los primeros teóricos de la riqueza de las naciones se mostraron pesimistas sobre las perspectivas de crecimiento a largo plazo de las sociedades y asumieron que las ganancias de productividad derivadas de la especialización y de la división del trabajo serían malogradas por el agotamiento del suelo y el crecimiento de la población. El historiador E. A. Wrigley escribe:

Por razones inteligentemente argüidas por Adam Smith y sus sucesores, se pensaba que el ímpetu del crecimiento se apagaría tras un tiempo frenado por los cambios endógenos del propio proceso de crecimiento y que ello desembocaría en su debido momento en un estado estacionario. Por otro lado, los economistas clásicos dudaban sin remisión de que el nivel prevalente de los salarios reales pudiera sostenerse indefinidamente. Las caídas futuras eran más probables que los futuros incrementos. Una mejora sustancial y constante de los sa-

larios reales devengados por el grueso de la población era un sueño quimérico, no una posibilidad que un individuo racional y bien informado pudiera sostener plausiblemente, por mucho que deseara que tal fuese el curso de las cosas¹.

Este párrafo sugiere por qué Adam Smith y sus contemporáneos podían haber pensado que la estancada China del siglo XVIII se hallaba de algún modo por delante de la contemporánea Europa occidental. Habiendo agotado las fuentes de un mayor crecimiento de su productividad, China había entrado, inevitablemente, en una senda secular de involución: *de te fabula narratur*. Por supuesto, este veredicto pesimista sobre la *longue durée* de la civilización fue desmentido por subsiguientes olas de expansión capitalista. La posterior crítica de Marx de la economía política fue en parte un intento de reconceptualizar ese pesimismo preindustrial clásico de la tradición respecto a los límites naturales, externos, del crecimiento económico, transformándolo en un análisis de un punto muerto socioeconómico de acumulación cada vez más difícil de superar².

Durante más de medio siglo, estos intentos de teorizar los límites últimos del capital fueron relegados a los márgenes políticos e intelectuales. En las décadas de 1920 y 1930, contemporáneos de diversas obediencias políticas habían llegado a la conclusión de que el capitalismo se aproximaba a su fin y no dejaron de mostrar su sorpresa ante la formidable recuperación experimentada por el mismo tras la Segunda Guerra Mundial. Este gran retorno desanimó a los más prudentes, tras contemplar una crisis capitalista tan larga y profunda, de dudar del futuro del sistema. Hoy, tan próximos todavía a los grandes triunfos de finales del siglo XX, podría parecer increíble que alguien pusiera seriamente en tela de juicio la viabilidad histórica del capitalismo. La cuestión se resolvió, supuestamente, en torno a 1989. Separándome de ese consenso, planteo que la próxima era de purga y contracción socioeconómica —consecuencia de los problemas económicos

¹ Edward Anthony Wrigley, *Continuity, Chance and Change*, Cambridge, 1990, p. 3. Pesimismo era quizá la palabra equivocada para Mill, quien en 1848 escribió: «No puedo, pues, contemplar el estado estacionario del capital y la riqueza con la sincera aversión tan generalmente manifestada hacia el mismo por los economistas políticos de la vieja escuela. Me siento inclinado a creer que sería, en general, una mejora muy considerable de nuestra condición presente. Confieso que no me agrada el ideal de vida defendido por quienes piensan que el estado normal de los seres humanos es la lucha por la supervivencia; que el pisoteo, el forcejeo, la brega y el batallar unos contra otros, que conforman el tipo actual de vida social, constituyen la suerte más deseable del género humano, o algo más que los síntomas desagradables de una de las fases del progreso industrial»; *Principles of Political Economy*, Parte II, capítulo VI, § 2.

² Las especulaciones de Marx sobre una supuesta tendencia de la tasa de beneficio a caer son notoriamente poco claras, pero quizá subyace bajo ellas la antigua intuición malthusiana: «Cuanto más avanza un país en la constitución de la industria a gran escala como el entorno de su desarrollo, como es el caso de Estados Unidos, más rápido es este proceso de destrucción. La producción capitalista, pues, sólo desarrolla las técnicas y el grado de combinación del proceso social de producción mediante la erosión de las fuentes originales de riqueza: el suelo y el trabajador»; *Capital*, vol. I, Londres, 1976, p. 638 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2000].

no resueltos que se remontan a la década de los setenta— se verá agravada por una deriva hacia una condición estacionaria en las regiones económicamente más avanzadas. El periodo que se avecina estará conformado por la convergencia de una crisis coyuntural de acumulación acompañada por cambios esenciales en el capitalismo mundial —en sus fundamentos tecnológicos, en las pautas demográficas y en la división internacional del trabajo— que han disminuido su capacidad para asegurar un crecimiento sostenible. En el resto de este artículo destacaré algunas de las principales dimensiones de esta crisis dual y consideraré las formas de política que pueden configurarse dados los contornos del mencionado declive y transformación estructurales. ¿Qué acecha más allá del horizonte de las actuales nacionalizaciones y rescates de un *statu quo* que se tambalea?

Periodizar el presente

Los historiadores se han mostrado preocupados durante mucho tiempo por el problema del declive y la caída de las sociedades, por las formas en que los modos de vida llegan a su fin por mor del cambio estructural, la extinción o su involución en pálidos reflejos de lo que una vez fueron. Cualquiera que considere hoy el problema de los cambios históricos cualitativos puede inspirarse en diversas tradiciones de pensamiento sobre el momento, o la totalidad de un periodo, durante el cual un determinado orden de las cosas humanas deja de existir. Existen colapsos puntuales —la conquista de las civilizaciones precolombinas, el hundimiento del Antiguo Régimen francés, la autoliquidación del bloque soviético— así como transiciones prolongadas que pasan desapercibidas a sus contemporáneos, como el declive de la esclavitud antigua y las transiciones al feudalismo. ¿Cómo podrían, pues, desplegarse las últimas etapas del capitalismo, en qué lapsos de tiempo y de acuerdo con qué dimensiones?

El motor definitorio y expansivo del capitalismo (D-M-D') depende de una amplia gama de infraestructuras y dinámicas de apoyo parcialmente autónomas. Contemplada desde este punto de vista, la difícil situación actual de la civilización capitalista no es simplemente una cuestión dictada por una lógica acumulativa de estancamiento económico. Sostendré que una línea tendencial emergente de desaceleración secular se ha visto exacerbada —«sobredeterminada»— por problemas cada vez más importantes de desproporción demográfica, deterioro ecológico, deslegitimación político-ideológica y errónea adaptación geopolítica. Naturaleza, cultura, guerra: el vector socioeconómico expansivo que parcialmente resumía estas diferentes dimensiones históricas en el sistema-mundo puede estar vacilando en estos momentos, permitiendo que persistan elementos y tendencias dispares del viejo régimen dotados de lapsos de vida indefinidos. Quizá no harían falta muchas generaciones para que un orden capitalista no dinámico evolucionase hacia un poscapitalismo a la deriva y no igualitario. En cualquier caso, resulta seguro asumir que las últimas etapas del capitalismo serán tan singulares como el resto de rasgos que lo han caracterizado.

Si el colapso del mercado mundial durante la Gran Depresión pareció confirmar inicialmente una u otra interpretación «ortodoxa» de Marx, en realidad ninguna teoría general de la crisis capitalista se ha demostrado jamás adecuada para explicarlo. Las causas de la profundidad y persistencia de la Gran Depresión todavía no son bien comprendidas, al menos para el caso estadounidense, que, a diferencia de Alemania, dependía en mucha menor medida de la desequilibrada economía mundial del periodo de entreguerras para su crecimiento. Aunque todas las crisis capitalistas derivan de anárquicos procesos de expansión autodebilitadores, este autodebilitamiento no se ha comportado de acuerdo con una pauta general y asume formas nuevas en cada coyuntura. La salida de un punto muerto económico global siguió una senda tras 1873: una reestructuración gradual que eliminó a los productores menos eficientes sin que se produjera un colapso severo de la producción o de los niveles de vida, que finalmente dio lugar a la recuperación de la década de 1890; y otra después de 1929: una purga catártica del sistema mediante una depresión severa resuelta únicamente por el estallido de la guerra. Cada una de las crisis mayores del capitalismo se ha desplegado en un nuevo mundo socio-histórico que modulaba los flujos y reflujos de la valorización. Como resultado de ello, no existen diagnósticos y remedios de aplicación general.

Mientras las diversas políticas aplicadas por los gobiernos bracean para enderezar la situación, un determinado número de análisis que laxamente podemos denominar marxistas ha visto la luz. Los trabajos de Giovanni Arrighi, Robert Brenner y David Harvey no son sino las cimas de una literatura más amplia sobre la era actual del capital y el Estado. Comparado con episodios previos de crisis capitalistas, el largo proceso que condujo al declive actual ha sido teorizado con mayor profundidad. En las décadas de 1930 y 1970, incluso aquellos que no creían que el capitalismo hubiera superado su propensión a la recesión y a los cracks no lograron explicar adecuadamente las causas del repentino malestar sistémico mundial. ¿Qué marca la diferencia? Quizá el neoliberalismo arrasó muchas de las instituciones reguladoras y formaciones sociales no capitalistas que previamente impedían y modulaban la lógica del capital. Quizá los desequilibrios económicos globales sin precedentes que condujeron a la crisis actual se hicieron cada vez más difíciles de ignorar, aun cuando los mercados alcanzaban nuevos máximos. Sea como fuere, en la era de sus triunfos universales, diversos límites del capital se han hecho perceptibles. Y, sin embargo, a pesar de este reconocimiento de un riesgo creciente, incluso los críticos más severos del neoliberalismo asumieron generalmente que esta volatilidad expresaba la dinámica y la ruda salud del sistema.

La larga década de los setenta

Las últimas tres décadas del capitalismo neoliberal pueden caracterizarse como un prolongado e infurctuoso intento de trascender la crisis económica mundial de la década de los años setenta. Robert Brenner sostiene

que el origen primordial de la crisis actual es la disminuida vitalidad de las economías avanzadas durante la totalidad del periodo que siguió a esa década³. La desaceleración es el resultado de un largo declive de la tasa de rentabilidad de la inversión de capital. A pesar de la reducción posterior de la cuota de la renta percibida por los salarios y los beneficios sociales en las principales economías, Brenner demuestra que la tasa de beneficio no logró recuperarse tras los años setenta debido a una persistente sobrecapacidad en los sectores industriales globales que excedía las dimensiones que podrían asegurar la recuperación de la rentabilidad precedente. Una vacilante tasa de beneficio, en ocasiones animada por rebrotes espasmódicos, consignaba menores excedentes para la reinversión, conduciendo a una ralentización del crecimiento de instalaciones y equipos. En los principales países capitalistas avanzados esto provocó o un estancamiento de los salarios o un mayor desempleo. Al intentar restaurar la rentabilidad, los empresarios de todo el mundo disminuyeron los niveles salariales y los beneficios sociales, mientras los gobiernos reducían el crecimiento del gasto social. La consecuencia, sin embargo, de estos recortes ha sido una persistente debilidad del crecimiento de la demanda que ha intensificado el estancamiento derivado de la sobreproducción. El problema acumulativo de desaceleración se manifestó inequívocamente en una constante expansión sistémica del endeudamiento de los gobiernos, las empresas y los hogares. Aunque son muchos los autores que han protestado ante esta descripción demasiado sombría del comportamiento económico del mundo capitalista avanzado desde la década de los setenta, este crecimiento desmesurado de la deuda debería considerarse como evidencia *prima facie* de que se produjo realmente una desaceleración, ya que no existe otra explicación a por qué sucedió.

¿Pero en qué sentido se ha producido un crecimiento a escala mundial de la deuda durante este periodo? Después de todo, en un momento dado, la inversión –incluidas las compras de deuda que rinde intereses– se supone que se halla en equilibrio con el ahorro. El problema ha sido que un parte cada vez mayor de este volumen de ahorro mundial ha llegado a sostener un crecimiento desbocado de la deuda para el consumo y la especulación insostenible en lugar de encontrar una salida en forma de inversión susceptible de generar un crecimiento sostenible de la renta. Las exportaciones de otros países generan reservas que compran deuda estadounidense a tipos suficientemente bajos como para sostener sus bonanzas. La verdadera historia económica del periodo no es un cuento moral en el que productores y ahorradores virtuosos se enfrentaron a apostadores y grandes derrochadores. Los sectores industriales de las principales economías exportadoras –China, Japón y Alemania– dependían tanto del crecimiento de la deuda y la especulación como las finanzas y el negocio

³ Robert Brenner, *The Boom and the Bubble*, Londres y Nueva York, 2002 [ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, Akal, 2003; véase también del mismo autor *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal, 2009, y el nuevo «Prefacio» a esta edición fechado a mediados de febrero de este año].

inmobiliario de los países deudores. La razón es que, a medida que se hunde la renta derivada de la inversión en instalaciones y equipo, el nivel de demanda agregada depende cada vez más de la conversión de los ahorros en deuda que rinde intereses, la cual, en las condiciones adecuadas, puede crecer más allá de toda proporción con las corrientes de renta que en última instancia la sostienen. La deuda es el pivote de una miríada de formas de derechos sobre la riqueza en último término no fundamentados. «Como por arte de magia, dota al dinero improductivo del poder de creación y así lo transforma en capital sin forzarlo a que se exponga a los problemas y riesgos inseparables de su empleo en la industria o incluso en la usura»⁴.

Finalmente, por supuesto, la deuda se expone a todos los problemas y riesgos de su empleo. De acuerdo con el análisis de Brenner, la crisis actual supone la reaparición inexorable de la presión en pro de una purga de los productores menos eficientes que nunca se permitió que aconteciera durante las últimas tres décadas, a pesar de las múltiples rondas de reestructuración y de salidas masivas de capital de las líneas industriales sobrepobladas en busca de ubicaciones más baratas y de activos financieros. La implosión de la burbuja financiera e inmobiliaria, cuyo centro se localizó en Estados Unidos, constituye el punto final de todo un periodo de desequilibrios en las cuentas exteriores de las principales economías, de burbujas del precio de los activos y de creación de deuda, que desafiaban la ley de la gravedad. Por supuesto, la era neoliberal ha sido testigo de enormes operaciones de rescate con anterioridad: desde principio de los años ochenta, estas operaciones de limpieza han constituido una condición imprescindible para que la dinámica de expansión económica y de creación de burbujas del precio de los activos se mantuviera en marcha. Pero a diferencia de episodios locales previos de colapso de la era neoliberal, éste, obviamente, se está produciendo a una escala mucho mayor y ningún rescate puede impedir de modo realista que la economía mundial se deslice, bien hacia una nueva era de depresión mundial, bien hacia un prolongado periodo de estabilización de crecimiento lento, o quizá hacia alguna novedosa combinación de ambos escenarios.

Elasticidad del capital

Hasta el momento no se ha producido una caída general en los niveles de precios, a parte de los registrados en los mercados de la vivienda, similar a la que caracterizó las décadas de 1870 o 1930, lo cual demuestra los formidables recursos del Estado erigido tras la Segunda Guerra Mundial para sostener la demanda, si bien éste puede toparse pronto con sus límites a medida que las tasas de desempleo continúen creciendo por doquier. La actual forma de estabilización y la reanimación del mercado que

⁴ K. Marx, *Capital*, vol. I, cit., p. 919.

hace posible operan a costa de un creciente endeudamiento, que no puede continuar indefinidamente. Esto no significa que los precios no se hundirán finalmente como sucedió durante la Gran Depresión. De hecho, las consecuencias deflacionarias de una caída a gran escala en el consumo –motivada por el intento de las empresas y los hogares de amortizar sus deudas– se enmarañará probablemente con burbujas inflacionarias o hiperinflacionarias (que en ocasiones las contrarrestarán), provocadas por los intentos de estimular unas economías lánguidas con inyecciones de liquidez cada vez mayores, esto es, imprimiendo dinero. Durante los próximos años vamos a asistir probablemente al nacimiento de una nueva y sorprendente forma de estanflación.

En lugar de animar la demanda agregada mediante la deuda, podríamos preguntarnos si hubiera sido posible después de la década de los setenta desencadenar una crisis de una escala suficiente para liquidar las vastas cantidades de capital marginal e ineficiente que deprimían la tasa de rentabilidad restaurando así las condiciones para que se produjese una acumulación de capital más dinámica. El *shock* Carter-Volcker fue un breve experimento en esa dirección. Por supuesto, si Estados Unidos hubiera proseguido con esa estrategia, la escala de los ajustes estructurales conocidos por América Latina hubiera estado a la orden del día en muchos de los países de la OCDE. Quizá si estas sociedades hubieran sido capaces de resistir una purga de esta envergadura, las tasas de crecimiento habrían podido alcanzar finalmente un nivel de incremento tal vez más modesto, pero menos dependiente del endeudamiento y de la especulación. ¿Pero se habría materializado tal situación? La austeridad en este periodo únicamente hubiera conducido al crecimiento mediante un realineamiento de la economía hacia la exportación. Si Estados Unidos hubiera mantenido el curso trazado por Volcker durante los años ochenta, habría sido muy posible que el conjunto de la economía mundial (y no sólo América Latina) se hubiera precipitado en la depresión, desapareciendo, por consiguiente, los mercados para la exportación. En cualquier caso, pocas sociedades crecidas en el acaudalado molde capitalista de posguerra habrían soportado una reestructuración y una privación de derechos tan drásticas sin una clara perspectiva de vuelta a niveles de consumo cada vez mayores.

El contrato social del capitalismo de posguerra se sustentaba en altas tasas de crecimiento. Incluso después de su edad de oro, el consumismo boyante siguió siendo un legado innegociable. No sólo se excluía un estallido catártico de destrucción creativa una vez iniciado el declive de los setenta, sino que también habían dejado de ser socio-políticamente legítimas las menores tasas de consumo características de anteriores épocas del capitalismo. Los crecientes niveles de deuda eran necesarios para compensar la potencial caída del consumo, lo cual sucedía a pesar de la masiva incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo que convirtió en norma los hogares con dos perceptores salariales. El crecimiento de la deuda en este periodo, hecho posible en última instancia por la creación de dinero fiduciario, expresaba las expectativas institucionalizadas de una opulencia en

ascenso. Aunque es cierto que las tasas de crecimiento de los últimos treinta años no han sido bajas comparadas con medias históricas más remotas, sí lo han sido si las comparamos con estas expectativas históricamente conformadas que, como Marx indicó respecto al nivel salarial, señalan la norma de lo que es elevado o bajo.

Existen todavía barreras sociopolíticas intactas al ajuste a la baja de los niveles de vida en los países capitalistas avanzados, que probablemente se replican también en alguno de los países en vías de desarrollo más exitosos. El neoliberalismo trajo el desempleo masivo a Europa, legó un largo estancamiento salarial a Estados Unidos y propició una creciente inseguridad laboral y pérdida de beneficios sociales en todas partes. Pero excepto para el 20 por 100 más pobre de la población, gran parte del daño social fue atemperado por las políticas sociales, el incremento de la retribución de las mujeres (que permitió el crecimiento de la renta total de los hogares) y, en determinados países, un florecimiento del endeudamiento mediante las tarjetas de crédito y la inflación del precio de las viviendas. En los países de la OCDE, la provisión pública como porcentaje del PIB realmente se incrementó durante el periodo neoliberal, en gran parte debido al constante crecimiento de los costes sanitarios de estas sociedades envejecidas. Como ejemplo particularmente sorprendente de esta tendencia, conviene recordar que Medicare creció durante el mandato de G. W. Bush. Sin embargo, sin el colchón de la deuda y de la especulación, los niveles de vida podrían comenzar a deteriorarse en modos que recordarían más a la década de los años treinta que a la de los ochenta. Por supuesto, varios países experimentaron colapsos semejantes a los de la Gran Depresión durante esta última década y principios de la de los noventa, o en la serie de crisis acaecida entre 1997 y 2001; pero, con la excepción de África, disponían del consuelo del crecimiento basado en las exportaciones para volver a la palestra, tras haber sido asolados por las políticas de ajuste estructural. No existen «poderes superiores» comparables para imponer el ajuste estructural a las mayores sociedades capitalistas avanzadas, pero tampoco existe senda inmediata alguna de ajuste basada en el patrón austeridad/exportación. Todos los hercúleos esfuerzos de rescate y estímulo realizados demuestran que los líderes del mundo capitalista avanzado ya saben que lo que supuestamente era bueno para la oca del Tercer Mundo ni siquiera se considera para el ganso del Primero.

Revolución tecnológica

Ningún orden social desaparece antes de que las fuerzas productivas que pueden desarrollarse en su seno lo hayan hecho completamente.

Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*

La crisis contemporánea exhibe un determinado número de características poco familiares derivadas de la incapacidad de las sociedades capitalistas avanzadas para soportar los costes de la nueva infraestructura socio-

técnica que debe reemplazar a la red existente de capital fijo, la cual actualmente integra un complejo de fuerzas productivas que ahora cierra un ciclo de sesenta años instalado en el centro de la economía-mundo. El punto muerto estructural que ha creado este hecho no ha sido totalmente comprendido, lo que ha provocado dificultades a la hora de historizar los últimos veinticinco años de capitalismo. La concepción de Fredric Jameson de la posmodernidad como lógica cultural del periodo es verosímilmente el gran punto de inflexión del eposcalismo⁵. A principios de los años ochenta, Jameson concibió originalmente este nuevo orden de cosas como la prefiguración de innovadoras nuevas tecnologías y fuentes de energía del capitalismo. Con el fin de comprender la posterior trayectoria de la sociedad capitalista, es importante reconocer que este gran salto adelante, lo que Ernest Mandel denominó la Tercera Revolución Tecnológica, realmente nunca se materializó. Incluso el «posfordismo», de concepción más modesta, no logró desencadenar una revolución de la productividad que redujera los costes y liberase renta para acometer una expansión en toda regla.

En lugar de ello, la última fase del capitalismo recurrió a un sustituto del crecimiento fundamentalmente mediante el consumo impulsado por las tarjetas de crédito y las burbujas del precio de los activos. La explicación de Jameson de la incapacidad de la sociedad contemporánea para experimentar y representar la totalidad del sistema-mundo se atribuyó inicialmente a alguna desproporción inconmensurable entre la acción humana y las recientemente liberadas fuerzas productivas nucleares y cibernéticas⁶. Pero, en análisis posteriores, el núcleo del problema se ha desplazado silenciosamente a la cartografía del opaco y pseudodinámico mundo de los mercados financieros. Las anticipaciones iniciales de una estimulante nueva condición cultural dieron paso a descripciones coherentes de una situación más cerrada y carente de originalidad. La cultura del capitalismo se convirtió en la apariencia organizada del dinamismo histórico-mundial que oculta y contrarresta una desaceleración secular de «la economía real».

¿Pero qué decir de la tecnología de la información y la containerización, los dos descubrimientos tecnológicos característicos del periodo? Ambos han propiciado indudablemente un enorme incremento del comercio mundial, que ha sobrepasado el crecimiento de la propia economía mundial. La informatización y los sistemas *just in time* de organización de las cadenas de suministro facilitaron como nunca antes la introducción de productos industriales en el mercado mundial y reubicaron la pro-

⁵ La teorización alternativa del capitalismo de David Harvey se concentra de modo más inmediato en el problema del ascenso y la caída de las infraestructuras socio-espaciales. Véase D. Harvey, *The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Cambridge, 1990 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, 1998].

⁶ F. Jameson, *The Ideologies of Theory*, Londres y Nueva York, 2008, p. 496; «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism», *NLR* 1/146 (julio-agosto de 1984).

ducción. Estos cambios organizativos y tecnológicos redujeron sensiblemente los costes y contrarrestaron las potenciales consecuencias inflacionarias del incremento de la oferta de diversas formas de dinero. Junto con los déficits estadounidenses, estos cambios propiciatorios del comercio fueron responsables de la aceleración del crecimiento asiático-oriental y, en especial, chino. Pero a diferencia de la «revolución industrial nuclear-cibernética» o del cambio registrado en algunas fuentes de energía alternativa, esta modalidad de cambio tecnológico arrojó en general a los mercados mundiales, ya lastrados por la sobreproducción de los países de costes laborales altos, vastas cantidades de bienes procedentes de países que presentaban costes laborales mucho menores, en lugar de estimular el crecimiento mediante la creación de líneas de producción totalmente nuevas.

Durante los años noventa parecía plausible que la containerización, la producción y las cadenas de suministro posfordistas, así como las tecnologías de la información presentes en los nuevos centros de trabajo, constituyeran fuerzas impulsoras de la transición a una Nueva Economía, más productiva –y de diferentes modos– que nada conocido anteriormente. Pero, en alguna medida, esta gran transformación no logró manifestarse estadísticamente y con el paso del tiempo el hundimiento de los mercados en 2001 puso fin a la década de sobreexcitación en torno al ciberespacio. Mucho menos plausible fue la ulterior expectativa de que las burbujas inmobiliarias tecnológicamente retrógradas, al proporcionar mercados para los exportadores de bienes de consumo duraderos y de materias primas, pudieran constituir una base sostenible para el crecimiento económico. En vez de conducir a «Nueva Economía» alguna en la infraestructura productiva, las innovaciones de este periodo del capitalismo han impulsado transformaciones en el *Lebenswelt* de la diversión y la sociabilidad, una expansión de la venta por catálogo y de la venta de productos de lujo, pero, sobre todo, una era heroica de lo que se denominaba hasta hace poco «tecnología financiera». Internet y los teléfonos móviles, Walmart y Prada, Black-Scholes y las hipotecas *subprime* constituyeron los hitos tecnológicos del periodo.

Mirando al este

Junto con este mito de una nueva era tecnológica, la otra gran narrativa del capitalismo de este periodo ha sido el descentramiento del núcleo euro-estadounidense de la civilización capitalista por el ascenso de Asia, el cual significó primero Japón y luego China. La globalización posmoderna ha sido una épica de la autotranscendencia de Occidente hacia un horizonte oriental. (Tanto geográfica como históricamente tiene sentido que, en estos análisis del futuro del capitalismo, Asia aparezca como el nuevo Occidente, la nueva América para el próximo milenio.) Durante más de medio siglo, la hegemonía estadounidense ha contribuido a que este desarrollo fuera posible abriendo su vasto mercado a clientes selectos y pro-

porcionándoles protección militar gratis contra el comunismo. En su última fase posterior a la Guerra Fría, la demanda estadounidense galvanizó el rápido crecimiento de los poderosos centros exportadores de Asia, que producían bienes manufacturados ya existentes pero a precios más reducidos. En lugar de liberar nuevas fuerzas productivas de un modo más amplio o intensivo, los excedentes acumulados por estos últimos finalmente acabaron por alimentar la inflación de las burbujas del precio de los activos en todo el mundo.

El proceso de esta reubicación de la producción tecnológicamente menos avanzada hacia regiones con costes salariales menores ha acaecido de un modo que difiere de las fases clásicamente expansionistas del sistema capitalista. Aunque China ha crecido muy rápidamente de acuerdo con estas pautas, la economía mundial en su conjunto ha crecido demasiado lenta y desproporcionadamente para que ello sea sostenible. Aunque Estados Unidos, y en general Occidente, aceptarán finalmente un papel más relevante de China en un inestable régimen de gestión de la crisis, no estamos ante el comienzo de una nueva fase de acumulación centrada en torno a este último país. Para que esto fuera concebible, el crecimiento chino tendría que llegar a depender de nuevas y más avanzadas fuerzas productivas, y no simplemente de una difusión más amplia de las existentes que no se hallan siquiera al nivel más avanzado, como sucedió con las técnicas estadounidenses que se extendieron por Europa y Japón tras la Segunda Guerra Mundial. Los veinticinco años de historia protagonizados por países con la mitad o la quinta parte del PIB per cápita de Estados Unidos que lo atrapan y llegan a superarlo, no puede repetirse hoy por otros que escasamente disfrutaban de un catorceavo del mismo.

La actividad industrial de bajo nivel tecnológico podría verosímilmente mantener el crecimiento de China a una tasa impresionante, pero no puede constituir la base para una nueva fase global de acumulación. Por otro lado, la tasa china de crecimiento pronto se ralentizará, en cuanto los mercados para la exportación se tambaleen. No está claro si China puede optar en estos momentos por una acumulación impulsada interiormente sin sufrir una desaceleración significativa de su crecimiento. Tan sólo después de un largo proceso, sociopolíticamente transformador, de construcción de una demanda interna compensadora se asegurarán de algún modo las bases de un crecimiento sostenido para sus 1.250 millones de habitantes. El actual estímulo inversor en infraestructuras de la RPCh es improbable que contrarreste la purga masiva de su sector exportador, porque tal vez es demasiado pequeño y demasiado intensivo en capital para comenzar a reorientar la economía hacia la demanda interna.

Si el mundo se estuviera moviendo hacia una nueva fase de vigorosa acumulación capitalista, China sería uno de sus principales epicentros. Sin embargo, cabe preguntarse si existen razones para pensar que, cuando el declive se intensifique simultáneamente en Japón, Estados Unidos y gran

parte de Europa, China por sí sola será capaz de evitar que la arrastren consigo y si además estará en condiciones de crecer tan rápido como para abrir oportunidades para su recuperación basada en las exportaciones. Incluso atendiendo a las estimaciones más generosas de su tamaño y asumiendo así que su alta tasa de crecimiento, cada vez más dependiente de las exportaciones, no declinará en breve de forma estrepitosa, la economía china es demasiado pequeña como para soportar tal peso. Occidente continuará declinando sin dar lugar al ascenso de Extremo Oriente, por no hablar de Brasil, Rusia o la India.

Estas conjeturas son intentos de situar dónde nos encontramos en la *longue durée* del capitalismo, en algún punto en medio de la corriente o, alternativamente, más próximos al final; si este modo de producción es viejo o nuevo, si está alcanzando sus límites más extremos o si se postula para ulteriores olas de expansión. La espectacular expansión geoeconómica del sistema durante las dos últimas décadas, la continua subsunción formal de las últimas grandes poblaciones campesinas de Asia, así como la incorporación del mundo industrial del ex COMECON parecían demostrar las perspectivas de crecimiento a largo plazo, perspectivas internas y externas de colonización, de un Imperio *in statu nascendi*. Pero el estancamiento secular y las economías crónicamente balbucientes de gran parte de América Latina, África y la ex Unión Soviética constituyen un sobrio testimonio de los fracasos de la «acumulación primitiva» neoliberal si la comparamos con los cercamientos clásicos que alimentaron la génesis y los episodios de expansión del capital. *Planeta de ciudades miseria*, de Mike Davis, es una perturbadora exposición de la expulsión de una masa cada vez mayor de humanidad obsoleta del mercado mundial, sea como productores o como consumidores⁷.

Procesos paralelos de obsolescencia se han producido en el sector capitalista avanzado. A pesar de estallidos periódicos de especulación enloquecida acontecidos desde mediados de 1980, acompañados por fanfarrias que anunciaban el advenimiento de una nueva era de dinamismo capitalista sin precedentes, los resultados sólo han sido breves e insostenibles rondas de nueva inversión tecnológica. Marx parece haber anticipado que el capitalismo comenzaría a desacelerarse en las líneas maduras de sus viejos lugares de origen cuando el crecimiento explosivo de la productividad de las máquinas genere empleo para un número cada vez menor de trabajadores. A largo plazo, el ulterior crecimiento de la productividad industrial se vería frustrado por su tendencia a reducir el empleo en este sector y, por consiguiente, a empequeñecer la demanda agregada que compraría el aumento de la producción. Ésta era la forma en que se desplegaría la contradicción entre las fuerzas y las relaciones de producción.

⁷ Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres y Nueva York, 2006 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, Foca, 2007].

Sociedad gris

Cualesquiera que sean los méritos de este análisis, es cuestionable si el relato del crecimiento sostenible de la productividad continuará en la era del sector servicios. Marx pensaba que el «coste» interno del capital soportado por las empresas se incrementaría, haciendo descender la tasa de beneficio. Lo que sugerimos aquí es que ciertos costes sociales externos ascienden a largo plazo sin que puedan ser contrarrestados por las ganancias de la productividad obtenidas en otros sectores de la economía. El capitalismo avanzado disfrutaría de una prórroga si encontrase un modo de reducir significativamente los costes de salud, educación y cuidado de la tercera edad sin reducir drásticamente el nivel y calidad de la provisión. Pero las revoluciones de la productividad que redujeron la población agrícola a porcentajes inferiores al 10 por 100 y que ahora están haciendo lo propio con las fuerzas de trabajo industriales –por supuesto, contrarrestadas por la externalización hacia zonas de trabajo más baratas– es improbable que se repitan para grandes segmentos de lo que se denomina la economía de servicios, lo cual constituye la principal razón de por qué las economías capitalistas se encaminan en último término hacia un estado estacionario.

La razón por la que la industria es «tecnológicamente progresiva» tiene que ver con sus atributos intrínsecos: la producción en este sector puede ser fácilmente estandarizada y, en consecuencia, la información requerida para la producción puede formalizarse en un conjunto de instrucciones que pueden replicarse fácilmente. En el caso de los servicios, existen enormes diferencias entre las diversas actividades en cuanto a su susceptibilidad de experimentar un crecimiento de la productividad. Algunos servicios que son impersonales, como sucede en las telecomunicaciones, tienen características similares a la actividad industrial y, por consiguiente, pueden ser «tecnológicamente progresivos». Sin embargo, los servicios personales, como por ejemplo, ciertos tipos de cuidados médicos, no pueden ser fácilmente estandarizados y sometidos a los mismos métodos de producción en masa utilizados en la actividad manufacturera. Este tipo de servicios serán, por lo tanto, «tecnológicamente paralizante». En general, si existen dos actividades, una que es «tecnológicamente progresiva» y otra «tecnológicamente paralizante», entonces a largo plazo la tasa media de crecimiento será determinada por la actividad en la que el crecimiento de la productividad es más lento⁸.

No está claro cómo el capitalismo «postindustrial» será capaz de reducir los costes de reproducción social, dados los problemas a largo plazo del estancamiento tecnológico en servicios como la atención sanitaria. Esta transición económica se solapa a su vez con la demográfica, en virtud de la cual las poblaciones envejecidas van a ser sostenidas por un número

⁸ Robert Rowthorn y Ramana Ramaswamy, *Deindustrialization. Causes and Implications*, IMF Working Paper 97/42, abril de 1997.

de trabajadores productivos decreciente: en 2050, el 22 por 100 de la población mundial tendrá más de 60 años; para Asia la cifra será del 24 por 100. El núcleo de la crisis coyuntural de los setenta radica en un problema irresuelto de sobreproducción y de rentabilidad decreciente que conduce a una desaceleración del crecimiento, aspectos ambos aliviados y exacerbados por el incremento compensatorio del endeudamiento. El crecimiento inherentemente lento de la productividad del sector servicios exagera el problema de la demanda, reforzando otras tendencias en esa dirección. La crisis coyuntural del neoliberalismo se ha entrelazado con otra estructural y de época generada por una transición a una economía del sector servicios postindustrial y de lento crecimiento: el capitalismo envejecido, gris, que ha analizado Robin Blackburn⁹.

Los estudios de Blackburn exploran los modos en que la expansión de los fondos de pensiones ha generado los elementos potenciales para la socialización de la esfera financiera, aun cuando este desarrollo permanece atrapado y frustrado por las lógicas especulativas a corto plazo. Intrínseco a este planteamiento es la intuición de que las economías modernas han llegado a depender cada vez más del apoyo público en lo que se refiere a las infraestructuras que sostienen la forma valor. Tanto la viabilidad del capitalismo como la forma de lo que puede aguardarnos más allá de su horizonte depende de si emerge una política que encauce este proceso de socialización de la construcción y mantenimiento de la infraestructura en una senda racional y planificada que se oponga a su implementación como un subsidio público a los debilitados poderes del capital privado. Resulta difícil de imaginar una solución razonable en términos de costes y socialmente aceptable para muchos de estos problemas «biopolíticos» en el marco del capitalismo. Su vitalidad y expansividad históricas han dependido de una juventud demográfica que es insostenible a largo plazo.

Después del neoliberalismo

¿Cuáles son las perspectivas actuales de reforma del capitalismo después del neoliberalismo? Ciertamente cambio es inevitable en la medida en que las ideas dominantes del periodo se han hundido repentinamente, aunque, como los grandes bancos que las promovieron, experimenten una momentánea revitalización o, sigilosa y amablemente, abandonen la escena. Pero en este lamentable estado, las antiguas pretensiones de realismo y superioridad intelectual del neoliberalismo dejarán de ser tolerables. Uno de sus más escrupulosos apóstoles hizo recientemente el siguiente anuncio: «Otro dios ideológico ha caído. Las premisas que rigieron las políticas aplicadas y las opciones políticas tomadas durante tres décadas pare-

⁹ Robin Blackburn, *Banking on Death*, Londres y Nueva York, 2003; y *Age Shock*, Londres y Nueva York, 2007 [este último de próxima publicación en Akal].

cen repentinamente tan obsoletas como el socialismo revolucionario¹⁰. Pero la adhesión popular a esas políticas ha sido siempre superficial, dependiendo de la percepción de que no hubiera una vía alternativa para que la economía avanzase. Aunque los reflejos de la mayoría de los sistemas políticos hacen inconcebible una ruptura neta con el *statu quo*, podría esperarse que estos gobiernos reaccionasen de modo pragmático cuando las economías comienzan a contraerse, cortando ulteriores experimentos de desregulación y privatización, al tiempo que intentan revitalizar los valores de mercado mediante vastas intervenciones públicas en los pocos casos en que tal opción es factible.

Podría pensarse que el descrédito del neoliberalismo nos retrotraería a un keynesianismo primigenio, pero ello es improbable que suceda. El neoliberalismo no fue sólo un «curso inverso» que se separaba de los treinta años de capitalismo gestionado del periodo de posguerra, sino también la continuación del mismo por otros medios. Esto implica que lo que podría llegar a su fin es la totalidad del periodo de capitalismo posterior a 1945, durante el que los gobiernos reclamaron la capacidad de suavizar el ciclo económico y las recesiones mediante la creación de demanda. Si los últimos treinta años de neoliberalismo han sido testigos de una masiva expansión del volumen total de endeudamiento público y privado, que ha compensado el persistente lento crecimiento de la economía real, ¿pueden los gobiernos estimular de forma realista las economías en estos momentos asumiendo más deuda por mor del gasto público? El keynesianismo de los últimos treinta años fue un remedio para economías que ya habían tocado fondo, no un medio para impedir que economías sobreendeudadas redujesen sus niveles de endeudamiento. Un incremento del endeudamiento estadounidense únicamente sirve para prolongar el problema acumulativo de la equivocada asignación masiva de recursos a escala global y de los desequilibrios mundiales, aunque la alternativa de dejar que el problema se desenrede al hilo de una caótica caída libre empeoraría las cosas aún más.

La esperanza de que la crisis actual pueda facilitar la transición a un capitalismo verde también puede carecer de fundamento. Aunque el estancamiento puede posiblemente ralentizar el continuo y rápido deterioro de los entornos naturales, una opción por las energías alternativas y la tecnología verde se malogrará casi con toda seguridad por la reducción del precio de los combustibles fósiles provocada por un declive prolongado. Si se superasen estos desincentivos, los compromisos públicos de los principales Estados podrían orientarse obviamente en pro de combustibles alternativos o la tecnología verde mediante una política racionalmente orientada hacia el largo plazo. Pero en el momento actual parece improbable que tal opción política pueda imbricarse con un proyecto corto de miras de restauración capitalista. La magnitud del apoyo público necesario para im-

¹⁰ Martin Wolf, «Seeds of its own destruction», *Financial Times*, 8 de marzo de 2009.

plementar remedios suficientemente eficaces excedería estos límites y, por consiguiente, sería combatida con denuedo, a no ser que un deterioro repentino expusiese a poblaciones socialmente importantes a condiciones de emergencia. Por muy determinados que sean estos esfuerzos en los ámbitos de la conservación y la sostenibilidad, el punto muerto ecológico del capitalismo va a ser probablemente el más absoluto de todos.

Estos problemas se perciben y tratan siempre por todos los pueblos como problemas de campo, esto es, se contemplan como si fueran solucionables (y re-conducibles al análisis) tan sólo en el campo capitalista [...]. Al mando se halla esta o esa clase, este o ese régimen, esta o esa solución está siendo objeto de presión, se ha tomado esta o esa particular dirección, etc., y hasta que las posibilidades reales o imaginarias del campo han sido enmarcadas, intentadas, agotadas y desacreditadas ningún otro campo surge. Aunque el propio campo puede no satisfacer la razón (la imaginación puede localizar otros campos, la experiencia sugerir otros), en el campo de la práctica que funciona actualmente existe todavía suficiente razón operativa a efectos del conjunto del pueblo y a efectos de justificar lo que está sucediendo.

Bertolt Brecht, *Diarios 1934-1955*, entrada del 14 de junio de 1940

Con sus enormes rescates, la Administración Obama ha intentado salvar lo que podía ser salvado del *statu quo* neoliberal, incluido por supuesto el derecho de señoraje estadounidense. Este esfuerzo, incluso si se mueve más allá de la pasividad de las medidas existentes, fallará probablemente en sus propios términos. El nivel de gasto y de endeudamiento del Estado exigido para estimular alzas insostenibles del mercado de valores tras los desplomes sufridos y conjurar la deflación obligará finalmente a los titulares extranjeros de reservas en dólares a dejar de comprar más deuda cotizada en esa moneda, incrementando, por consiguiente, su coste. Hasta el momento, los gobiernos de Asia oriental se han mostrado dispuestos a financiar el doble déficit externo y público de Estados Unidos con el fin de sostener el consumo estadounidense y sus propias exportaciones. Pero si la crisis afecta a China, estos gobiernos pueden perder la capacidad de financiar los déficits estadounidenses, especialmente cuando adquirieran volúmenes sin precedentes y generen rendimientos decrecientes.

Por el momento, las principales economías exportadoras del mundo continúan acumulando reservas en dólares por temor a que, si dejan de hacerlo, se produzca un abandono desordenado del dólar que provoque una devaluación punitiva de sus reservas. Por otro lado, en ausencia de cualquier otra reserva de valor suficientemente grande y líquida, los bonos del Tesoro estadounidense han preservado un aura, ahora improbable, de seguridad. El punto de inflexión, sin embargo, no se halla quizá tan alejado; podría darse una huida del dólar a pesar de los mejores esfuerzos realizados para impedirla; o, preventivamente, Estados Unidos podría intentar liquidar su deuda enrunando a los extranjeros con dinero impreso a una escala que desencadenaría un explosivo estallido de hipe-

inflación que erosionaría los fundamentos del mercado mundial durante un largo periodo de tiempo. Esta disyuntiva imposible ha conducido a un callejón sin salida: los niveles de deuda no pueden reducirse mediante una devaluación de gran alcance porque las consecuencias sociopolíticas a escala mundial serían abrumadoras; pero incrementar los niveles actuales con más endeudamiento es económicamente insostenible, incluso contando con los escenarios de coordinación más favorables. En su timidez, los esfuerzos actuales de sostener un *statu quo* tambaleante con enormes paquetes de estímulos pueden acabar compartiendo el destino de los esfuerzos de los primeros gobiernos de la Gran Depresión, que hicieron lo mismo mediante medidas de austeridad. La «solución» al problema coyuntural de la implosión financiera podría ser una prolongada pauta de comportamiento difícil de sostener que convergería con un cambio de dimensiones históricas hacia un estado estacionario. El primer proceso ya puede haber comenzado; el segundo puede ser la tarea de una generación.

Formas políticas

¿Qué sociedades de la OCDE podrían resistir una serie prolongada de oleadas de ajuste estructural del tipo que llevó a la miseria a poblaciones desde Lagos hasta Vladivostok, especialmente ahora, cuando faltan salidas para las exportaciones para contrarrestar la implosión del mercado interior? Es difícil ver qué medidas podrían ser tomadas por los *establishments* políticos para asegurar que sociedades golpeadas por la depresión aceptaran el curso de esta larga marcha. Probablemente cabe presumir que los parlamentos electos, los emiratos y las oligarquías se adherirán a la gastada gestión político-militar estadounidense tanto como les sea posible, tras un prolongado periodo en el que esos mismos dirigentes hayan obviado contemplar otras alternativas. Pero la desconexión que se produciría ahora en forma de colapso de las exportaciones o retirada del crédito en un gran número de estos países, podría dar lugar a una nueva etapa muy distinta si el poder se escapase de sus manos.

¿Qué formas político-ideológicas tomará la resistencia a la reestructuración, cuando ésta deje de implementarse de acuerdo con los dictados de los mercados monetarios y tenga que imponerse mediante procesos más directamente políticos –y, por consiguiente, más controvertidos– de determinación de ganadores y perdedores? La erosión de las antiguas tradiciones de respuesta colectiva hace difícil la predicción. La oposición a estos procesos, inicialmente localizada, será «como de clase» en diversos grados que variarán radicalmente, condicionando la forma de las estructuras sociales que emergerán del actual redimensionamiento del capitalismo. El resultado de estas luchas puede depender del grado en que los poderes del Estado puedan fortificar los fundamentos de la propiedad y del privilegio, al igual que lo hicieron en anteriores eras de conflicto de clase. En muchas partes del mundo, el núcleo coercitivo del aparato del Estado ha experimentado un proceso a largo plazo de neutralización. En

otras, se trata de una realidad más reciente y reversible. En el periodo que se avecina, ¿cómo responderán los distintos sistemas políticos a las amenazas incipientes y directas al dominio del capital y a sus grupos de referencia primordiales, cuando el recurso de emergencia a la fuerza tal vez deje de tener un efecto decisivo? Durante la década de 1930, la mayor parte de Europa, con excepción de Escandinavia, se escoró hacia la derecha, con breves interludios protagonizados por los respectivos Frentes Populares en España y Francia. Estados Unidos y buena parte de América Latina viró hacia la izquierda. Tal vez sea interesante intentar anticipar variaciones similares en la actualidad en las diferentes zonas del sistema-mundo.

Con pocas excepciones dignas de mención, no existen actualmente partidos ni movimientos de izquierda de gran tamaño que implementen o siquiera reclamen reformas radicales. Sin embargo, a pesar de las abundantes reservas de inercia y pasividad, las sociedades capitalistas avanzadas probablemente serán incapaces de soportar la escala de malestar que una verdadera depresión les infligiría, de acuerdo con la pauta que estas mismas sociedades siguieron para capear los años treinta y otras más pobres han seguido durante nuestra época. Si no existen soluciones keynesianas de izquierda y la sociedad no puede permitir su hundimiento en una reestructuración astringente a gran escala, ¿existen entonces soluciones viables «estatistas» de derechas, esto es, no basadas en el mercado, a las contradicciones actuales del capitalismo? Las comparaciones con la década de los treinta plantean inevitablemente la cuestión de si es posible que las sociedades avanzadas se muevan en la dirección de una política análoga al fascismo. Existe una escasa probabilidad de que el electoralismo que barrió el planeta después de 1989 se vea amenazado desde esta dirección, aunque sin duda abundarán diversos estados de excepción débiles. Es improbable que antiguas formas derechistas de autoridad y disciplina puedan imponerse sobre un pueblo de trabajadores de servicios y consumidores acostumbrado a formas indirectas de poder, pero alérgico a la autoridad tradicional.

Desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y el advenimiento de la era atómica, no se han conocido confrontaciones directas entre los Estados más poderosos del mundo. Esta paz duradera en el núcleo de Eurasia ha conducido a niveles más bajos de movilización de los recursos humanos, promoviendo una atmósfera cultural menos autoritaria pero totalmente despolitizada. Las consecuencias de esta pacificación para las relaciones entre los sexos han sido enormes, conformando una poderosa tendencia progresiva que desde una era anterior continúa en la presente. Fourier afirmaba que el nivel de emancipación de una sociedad podía medirse por la posición de las mujeres en el seno de la misma, una medida que cualifica cualquier concepción netamente pesimista de este periodo histórico. Es ésta una era en la que el autoritarismo estatista vive únicamente en forma de vestigios y en enclaves aislados. Por supuesto, las campañas reaccionarias adaptadas a las sensibilidades de estas pobla-

ciones más democráticas no necesitan ser militaristas. La inmigración y, en Estados Unidos la «raza», siguen constituyendo cuestiones espinosas potencialmente tóxicas. En algunos casos, cabría esperar que la culpa del colapso del empleo y de las políticas sociales se atribuya a las minorías raciales, pero resulta difícil calibrar cómo las medidas de exclusión resultantes podrían aliviar siquiera en pequeña medida el problema.

Las políticas de la derecha radical del periodo de entreguerras dependían de los rayos y relámpagos movilizados de la rivalidad entre las grandes potencias, drásticamente agudizada por la percepción de la amenaza roja. Por otro lado, en medio de un mercado mundial que se colapsaba, un nuevo orden internacional basado en una forma mutante de capitalismo autárquico parecía enteramente plausible (que hubiera sido viable a largo plazo es otra cuestión). Aunque nos estemos desplazando del neoliberalismo a nuevas formas de propiedad pública, los estancados y pacificados capitalismos de Estado del mañana parece improbable que exhiban la vectorialidad política de sus antecesores, insertos en una era industrial pasada de políticas sociales y actividad bélica. Los capitalismos de Estado de mediados de siglo fueron brevemente dinámicos porque sus objetivos de producción fueron establecidos por la guerra total y la movilización popular, ninguna de las cuales se hallan hoy en el horizonte.

Los conflictos interimperialistas clásicos, al acelerar violentamente la renovación del sistema de acuerdo con nuevas fronteras de expansión, ya no son compatibles con la preservación del mismo. Al moverse en la dirección opuesta, la envergadura de la crisis presupuestaria a la que se enfrentarán todos los Estados, sean o no deudores en la actualidad, puede obligarles finalmente a reducir sus presupuestos militares, quizá a gran escala. Por supuesto, esto no está todavía en la agenda de Estados Unidos, pero si la insolvencia y las quiebras de los sectores públicos acechan en el horizonte, resulta difícil ver cómo esta situación podría diferirse indefinidamente. Como resultado, a fecha de hoy es muy improbable que Estados Unidos se aventure en nuevas, costosas y arriesgadas expediciones, aunque no dudará en hacer todo lo posible para mantener sus compromisos actuales. El «terrorismo» es otra cuestión y puede abordarse más económicamente, pero su breve momento de significado geopolítico ya ha pasado, aunque los soldados occidentales merodeen por el Hindu Kush.

¿Otro fin de la historia?

Nos encontramos ahora al final del veranillo de San Miguel del reanimado poder imperial estadounidense. ¿Qué potencia(s) se hallará(n) en condiciones de defender y constituir los intereses del sistema capitalista mundial en su conjunto en el próximo periodo? Estos intereses generales únicamente pueden tener encarnaciones aproximadas en los centros he-

gemónicos que apuestan por esta dimensión universal ausente. Muy pocas de las potencias que hoy cuentan están dispuestas a conceder que sus intereses particulares podrían tener que sacrificarse por los intereses universales de un mayor campo de acumulación. Si no es posible una lucha interimperialista que determine una nueva potencia hegemónica, ¿puede producirse una devaluación coordinada multilateral de las deudas y de los activos hipertrofiados? No está claro qué tipo de sistema emergerá si ni este proceso ni un sucedáneo del mismo se producen.

Las tres proyecciones geopolíticas de Giovanni Arrighi esbozadas en *El largo siglo xx* afirmaban que la huida hacia delante del neoliberalismo financiarizado tan sólo produciría una breve prolongación de la hegemonía estadounidense y que tendría que propiciar finalmente, bien un imperio global gestionado por Occidente, bien una sociedad de mercado mundial declinada por Oriente, bien un caos sistémico a largo plazo¹¹. Una versión desarrollada de la primera posibilidad probablemente puede excluirse, pero, siguiendo la lógica de la narración histórica de Arrighi, la emergencia de un nuevo centro hegemónico parece igualmente improbable. Después de todo, cada una de las sucesivas potencias hegemónicas presentes en su estudio fue una economía capitalista mayor y más avanzada que la que la precedió. De acuerdo con ese criterio, no existe obviamente potencia alguna en el mundo que pueda sustituir a Estados Unidos: ni China —en la actualidad una economía considerablemente menor y más atrasada— ni «Europa», que no es ni siquiera un Estado y que pronto quizá comience a abortar su cuasi-estatalidad, históricamente anómala. Japón, señalado en un momento como la nación con más probabilidades de tener éxito, ha dejado de ser considerado desde entonces. La evolución más probable es una combinación de las tres posibilidades: un concierto de potencias para detener los colapsos financieros, pero incapaz de orquestar una transición a una nueva fase de desarrollo capitalista sostenible.

Estamos entrando en un periodo de luchas inconclusas entre un capitalismo debilitado y agencias dispersas de oposición en el seno de órdenes políticos deslegitimados e insolventes. Podría considerarse que el fin de la historia comienza cuando no existe ningún proyecto de alcance global y comienza un nuevo tipo de «amundaneidad» y deriva. Ello conformaría la sospecha de Hegel de que, en este punto final del espíritu, el pasado sería conocido, pero un futuro singular podría dejar de ser una categoría pertinente. En ausencia de proyectos políticos organizados para construir nuevas formas de vida autónoma, la actual crisis se verá acechada por desastres ecológicos que no podrán ser eludidos por un crecimiento tambaleante. Una observación de Fredric Jameson en los albores de esta era del capitalismo todavía enmarca el presente:

¹¹ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, Londres y Nueva York, 1994, pp. 355-356 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999].

La incertidumbre sobre el futuro del capitalismo –agravada por una confianza en el progreso tecnológico oscurecida por las certidumbres intermitentes de catástrofe y desastre– se remonta al menos al siglo XIX; pero pocos periodos han demostrado ser tan incapaces de concebir alternativas inmediatas para sí mismos, por no hablar de imaginar esas grandes utopías que ocasionalmente han estallado sobre el *statu quo* como un repentino resplandor del sol¹².

¹² F. Jameson, *The Ideologies of Theory*, cit., p. 644.